

Vivir para dar

por **Arantza Quiroga**

*Conferencia pronunciada
el 27 de octubre de 2009*

Forum Deusto

Vivir para dar

Arantza Quiroga
Presidenta del Parlamento Vasco

El título de este foro no podría ser más simple, pero tampoco más relevante, ni más profundo: *Vivir, ¿para qué?* Es una interrogante que pocas veces nos hacemos, al menos de forma sincera. ¿Para qué hago lo que hago?, ¿para qué estoy aquí?, ¿para qué lucho?. En definitiva, ¿para qué salgo de mi casa todas las mañanas?

Para nosotros los políticos este ejercicio de reflexión constituye un mandato ético de la profesión: debemos siempre tener presente cual es nuestra misión. Porque nuestro proyecto de vida, queramos o no, se mezcla irremediabilmente con nuestra propuesta política. Por tanto debemos estar dispuestos a explicar en términos claros por qué y para qué hemos decidido dedicar nuestras vidas a esto.

Pasamos la vida en una carrera interminable, donde parece que sólo importa sacar el mayor rendimiento a cada minuto de nuestra jornada, vivimos más aceleradamente que nunca. No podemos separarnos de nuestros móviles. Necesitamos *blackberrys*, *Palms*, ordenadores; estamos pendientes de todo, como si buscásemos en vano una omnipresencia física y temporal. Y dentro de toda esta vorágine súbitamente recibes una invitación a un evento con una pregunta muy simple: ¿para qué vivir?.

La primera respuesta creo que es bastante obvia, pues como ustedes saben llevo inmersa en este mundo de la política desde muy joven. Pero con eso no he dicho nada. Sólo he descrito mi profesión. Y entonces tengo que hacer una pregunta preliminar: ¿en qué consiste ser un político? La respuesta suena bastante obvia, incluso un poco cliché, pero claramente es esta: la política consiste en servir al ciudadano, en dar a los demás. Un político debe vivir para dar, para dar soluciones a los problemas de los votantes, a las necesidades de la sociedad en general. No es una definición muy elaborada pero recoge la esencia de lo que considero mi labor.

Y dicho esto me veo obligada a indagar un poco más y preguntar: ¿y para qué quiero yo dedicarme al servicio del ciudadano? Es fácil tratar de contestar esta pregunta con frases prefabricadas, pero se trata de una cuestión de una hondura existencial infinita. Es casi como intentar resolver cual es la razón que justifica mi existencia, mi función dentro de la sociedad. ¿Quién me dijo a mí que meta en esto?

Me gusta cuando alguien defiende aquello en lo que cree, incluso si me contradice, cuando lo hace forma honesta, por verdadero convencimiento. Si eres parlamentaria tienes que estar dispuesta a argumentar y defender tus opiniones frente a personas que piensan muy distinto. Reza una famosa frase atribuida a Voltaire: «yo puedo no estar de acuerdo con lo que usted dice, pero lucharía para que usted pudiera decirlo». Esa frase, un tanto trillada pero no por ello menos cierta, encierra la más pura esencia del parlamentarismo.

No quiero decir aquí que los parlamentarios vascos somos los únicos que servimos al cambio en la realidad vasca. Hay mucha gente en Euskadi que prefiere afrontar la realidad de otra forma, sin asumir un rol político. Tenemos toda una casta de héroes anónimos que contribuyen diariamente a mejorar la situación. Empresarios que, pese a tener que soportar la pesada carga de extorsión terrorista, emplean lo mejor de su instinto creativo en la creación de puestos de trabajo, en el desarrollo económico de nuestra tierra. Personas que desde su actividad profesional o artística despliegan su talento y esfuerzos en construir una sociedad más libre.

Y dicho esto creo que debo ahondar más todavía. He explicado que quiero servir para cambiar mi entorno social, al igual que hacen otros. He llegado a la conclusión de que los seres humanos tenemos una necesidad inherente de mejorar nuestro mundo, de rebelarnos contra aquello que consideramos injusto.

La naturaleza humana es una curiosa mezcla de afán de superación individual y ánimo de perfeccionamiento colectivo. Siempre queremos afirmarnos como individuos, pero también buscamos identificarnos colectivamente, sea como vascos, españoles, conservadores, socialistas o liberales, de la Real Sociedad o del Athletic de Bilbao. Y lo hacemos como si se nos fuera la vida en ello. Freud llamaba a este último fenómeno el «narcisismo de las pequeñas diferencias». Está inscrito en nuestro código genético, es así. Y en principio no tiene nada de malo. El problema nace cuando se hace de estas inclinaciones humanas pseudo-ideologías, cuando se hace del yo colectivo un objeto de culto casi religioso. Y esto es lo que tiende a ocurrir con el tema de los

nacionalismos. El chovinismo nacionalista —sea vasco, español, belga o chino—, y cualquier otra manifestación colectiva excluyente, nunca revela la fortaleza o grandeza de una sociedad, sino únicamente la debilidad individual de las personas que lo defienden.

Los políticos debemos siempre cuidarnos de caer en la deriva chovinista. No es siempre fácil. Porque en muchas ocasiones el populismo de las identidades colectivas es una opción de gran rentabilidad electoral.

La labor del político es considerada encomiable por algunos, y levanta sospecha en otros. Todos tienen algo de razón. Servir al ciudadano —nuestro deber primario— constituye una labor digna de apreciación, pero a menudo nuestra posición de responsabilidad es asumida como un derecho de trato privilegiado, sujeto al abuso. Muchos políticos olvidan la naturaleza primaria de su misión. En todo caso, no podemos negar que la política, la mera posibilidad de influir en nuestro entorno de una forma u otra, es una actividad que contiene un atractivo intrínseco, que nos apasiona a los que intervenimos en ella, a los que opinamos sobre ella, a los que celebramos sus aciertos y padecemos sus desaciertos. Es una actividad que a nadie deja indiferente, despierta algo profundamente arraigado en todos nosotros. Nos apasiona.

Podemos decir, con respaldo científico incluso, que nuestra felicidad personal se magnifica en la medida que nos sentimos parte del fenómeno político. Hace algunos años, en 2001, dos afamados científicos publicaron un revelador estudio que atrajo la atención de la comunidad académica, titulado *Felicidad y Economía*¹. Me asombró mucho la conclusión a la que llegaron. Estos dos académicos demostraron que las personas tienden a mostrarse más satisfechas con sus propias vidas mientras más se extienden sus derechos de participación política; es decir, mientras más protagonistas se sienten en la escena social. Más aún, ambos observaron que el grado de complacencia ciudadana dependía del sólo hecho de participar en el proceso democrático, antes que del resultado final del proceso. En otras palabras, de acuerdo a dicho estudio, lo que nos hace felices de verdad no es que gane nuestro partido o nuestras ideas, sino la posibilidad de formar parte del diálogo democrático, de sentirnos útiles para nuestra sociedad, de servir a nuestros conciudadanos. Creo que esto confirma que el servir al ciudadano resulta también un acto en beneficio personal, que busca también la realización individual.

¹ Bruno Frey y Alois Stutzer, *Happiness and Economics* (2001).

La política debe llenar primero las aspiraciones existenciales personales, interiorizarse como una forma de vida, y sólo ahí podrá desatar su potencial de beneficio social.

Por ello, cuando hablamos de la participación de la sociedad civil, no hablamos solamente de alcanzar un mejor índice de gobierno o estándares materiales de vida, nos referimos a alcanzar mayores niveles de *felicidad per cápita*, empleando un término que se ha puesto de moda en el ámbito de la ciencia política. En pocas palabras: una sociedad civil más políticamente activa, más envuelta en el manejo de su propia realidad, es una sociedad civil más feliz.

No hay que ser político para poder servir a nuestros ciudadanos, y descubrir la enorme de satisfacción que da sentirse parte del proceso. Somos todos, no sólo las clases políticas, los llamados a mejorar nuestro futuro colectivo.

Debemos pasar de una masa pasiva ante el poder, apática en relación a la política, a un grupo de personas visibles, con criterios y vías de expresión. El célebre escritor Mark Twain, con la singular ironía que lo caracterizaba, solía decir que los ciudadanos «tenemos tres cosas inefablemente preciosas: la libertad de expresión, la libertad de conciencia y la prudencia suficiente para no hacer nunca uso de ellas».

Para mí la llegada a la presidencia del parlamento vasco ha sido un momento muy feliz. Por primera vez desde hacía mucho tiempo en Euskadi se han podido expresar aquellos que tenían que bajar la voz para comentar sus opiniones.

Represento, y me siento muy orgullosa por ello, a un sector de la población que no se sentía libre, y que hoy se siente más presente. Aquí en Euskadi, no podemos decir lo que pensamos en voz alta. He ido a hacer campaña en pueblos donde algunos vecinos se me han acercado casi escondidos a manifestarme su apoyo, temerosos de que los vean. Soy consciente de la presión social existente, la he vivido yo en carne propia. Tal situación no es de libertad, esa imagen no es propia de una Europa que se dice superada de los totalitarismos. Los ciudadanos vascos deben ser conscientes de que pueden opinar y pensar lo que quieran. Deben descubrir que no tienen porqué esconderse de nada, ni de nadie; que las instituciones del Estado de Derecho y la democracia están de su lado. No oculto a nadie a que esa es una de obsesiones en mi calidad de parlamentaria. Tenemos que vivir para ser libres, de verdad, sin tener que bajar la voz para expresar nuestras legítimas creencias.

También debo destacar que la cuestión del terrorismo, de la falta de libertad política, si bien es la que más resalta por obvias razones, no fue la única que me motivó a actuar. Siempre me he empeñado en comprender los entresijos de nuestro sistema político, económico y jurídico. Siempre he buscado y busco crecer en el plano intelectual. No se puede servir al ciudadano sin conocer las fuerzas subyacentes que mueven nuestra sociedad. La política es una tarea compleja, y lo es cada vez más. Hoy mismo estamos en medio de un caos económico sin precedentes. Desde el parlamento vasco nos vemos obligados a dar respuestas a los ciudadanos que representamos. No es una tarea fácil, menos aún en el estado de desconcierto como el actual.

Creo que la insensibilidad social es un virus que muchas veces corroe a la sociedad, más pernicioso aún cuando se ha adquirido un nivel de opulencia que nos exime de mayores preocupaciones materiales. El bienestar material alcanzado por el País Vasco durante décadas recientes, superior incluso al del resto de España, conlleva el riesgo de crear una sociedad de individuos inactivos ante su realidad social, un entorno habitado por ese «hombre masa» del que nos advertía José Ortega y Gasset en *La Rebelión de las Masas*. La sociedad, decía aquel genial filósofo, no se dividía en «clases sociales» sino en «clases de personas». Es decir, entre aquellos sujetos que deambulan ajenos a su entorno —«como bolas que van a la deriva», por citar frases textuales— y aquellas mujeres y hombres que toman las riendas de su propio destino y buscan cambiarlo.

En ese ámbito, la universidad juega un papel decisivo, y no debe limitarse a ser un centro de formación técnica, sino además una verdadera ágora de discusión, de enfrentamiento de ideas, de posturas, de crecimiento intelectual. Se deben transmitir valores en la educación: humanismo.

En Euskadi tenemos mucho por hacer en el ámbito de la educación. Aquí se ha confundido el activismo universitario con una beligerancia unilateral, producto de un elaborado lavado de cerebro. No hay una sana discusión de ideas, sólo repetición maquinal y autocomplaciente de eslóganes prefabricados. Creo sinceramente que el activismo político universitario, sea en la vertiente ideológica que sea, es una actividad sana; y cuando es ejercida de forma honesta saca a la luz lo mejor de nuestra juventud, revela a las almas inquietas. Aquí, en Euskadi, lastimosamente, lo que tenemos es un discurso único y repetitivo que busca aplacar cualquier amago de disidencia.

Por otra parte, el avance tecnológico y económico de los últimos años ha significado enormes progresos sociales, eso es innegable. Pero

no hay duda tampoco de que estamos cada día más imbuidos en una cultura del consumo, en una uniformidad acoplada a los dictados del marketing: nos dicen qué comprar, qué consumir, cuál es nuestro modelo de vida. Nos hemos convertido en máquinas perseguidoras de aspiraciones materiales permanentemente insatisfechas. Aquí debemos todos entonar un mea culpa.

Esto ha quedado manifiesto durante esta crisis. La crisis económica que nos azota hoy es además una crisis de valores. La cultura del consumo, del materialismo y el individualismo hedonista ha hecho de nuestra sociedad un ejército de consumidores insaciables. La vorágine del crédito fácil ha dado rienda suelta a una generación obsesionada con la adquisición irrefrenable de cosas materiales, a la que no le importa comprometerse financieramente más allá de sus posibilidades con tal de saciar al apetito de consumo. Quizás la actual crisis económica tenga al menos un efecto positivo, liberándonos del letargo y despertando nuestro espíritu creativo para superarla.

Hoy nos enfrentamos además un dilema, a la «paradoja de la globalización»: necesitamos instancias de gobernanza global, que establezcan mecanismos de cooperación económica más allá de las fronteras estatales. Y, sin embargo, no queremos, con justa razón, alejar el centro de decisión política del ciudadano. No lo deseamos porque ello significaría retroceder en el sano y necesario proceso de la descentralización política. Y es que debemos hacer compatible ambos objetivos. Porque colaboración transnacional no tiene por qué significar centralización del poder político. Lo que debe fortalecerse son las distintas redes de diálogo entre distintos órganos de decisión en todos los niveles de gobierno.

Una de las metas que me he propuesto es establecer lazos más directos entre los parlamentos autonómicos, nos sólo a nivel español sino también a nivel europeo. Quiero por ello reforzar proyectos que llevan algunos años en marcha como la Conferencia de Asambleas Legislativas Regionales Europeas, CALRE, por el cual trabajamos muy de cerca con otros parlamentos regionales de distintas partes de Europa.

No puede ser de otra manera. Si como representante del pueblo vasco quiero ser útil a Euskadi, debo aprender de otras experiencias próximas, de otros «laboratorios de democracia». En un sistema tan profundamente descentralizado como el español, en el que interactúan diversas instancias de gobierno, con distintos órganos parlamentarios de nivel autonómico y provincial, tenemos muchos «experimentos democráticos» de los cuales debemos aprender también. Nadie duda el

papel decisivo que están jugando los gobiernos locales en la recuperación económica de España, y creo que hay casos muy destacables.

Pero nuestras miras no deben agotarse ahí, ni siquiera dentro de las fronteras europeas. Hoy los ejemplos de planificación económica y social vienen de todos lados. Tanto de gobiernos estatales, como de gobiernos regionales en el mundo entero. En suelo estadounidense, estados como Texas están experimentando un crecimiento económico inusitado en tiempos como estos, y excepcional dentro de su propio entorno. Mientras que otros como California —hasta hace poco la octava economía del mundo— bordean la banca rota. De los aciertos y errores de ambos debemos aprender.

Debemos fijarnos también en Asia donde no sólo el gigante chino, sino otros países como India o Vietnam se encuentran aún experimentando niveles superlativos de crecimiento continuado.

Iberoamérica, nuestra realidad más próxima en términos culturales, nos brinda buenos ejemplos a seguir. Brasil, la nueva estrella de la constelación internacional, ha dado lecciones de saber hacer político, de prudencia económica, de amalgamar los beneficios de liberalismo y la inversión social. Y han recibido como premio las próximas olimpiadas. No es poca cosa. Por otra parte, Chile es otro oasis de prosperidad y madurez política en una región donde reina la inestabilidad. Nos debería interesar mucho su ejemplo porque es un país donde la impronta de la inmigración vasca es omnipresente. Ya lo decía un recordado bilbaíno, Miguel de Unamuno, que son dos las empresas humanas vascas más exitosas; una es la Compañía de Jesús, y la otra la República de Chile.

Espero haber respondido al menos en parte la pregunta que nos ha congregado. Aunque es un tema del cual sin duda cada ser humano podría escribir libros. En todo caso, para mí ha sido un importante ejercicio de reflexión. Creo profundamente que la política es un camino de servicio a la sociedad que, como dije, también constituye una fórmula de realización personal.

El acto de servir a los demás no constituye un sacrificio heroico, como algunos lo pintan, quizá para victimizarse un poco. Puede ser —debe ser— un acto de realización individual, un camino en la búsqueda de uno mismo. El proyecto de vida de cada individuo es único e irrepetible, pero forma parte de una realidad que nos trasciende. Creamos en lo que creamos, es una verdad inefable que todos buscamos un mínimo de realización personal. No nos dejemos engañar por ninguna

corriente de pensamiento que nos de todas las respuestas, que nos impida encontrar la verdad por nosotros mismos. Nada nos exime de buscar las soluciones, de participar activamente para mejorar nuestro entorno. Podemos vivir para dar. Muchas gracias